

mos crear una música universal, ni tampoco una música europea; que cada país guarde cuidadosamente su genio para su beneficio y el de todos.

Si muchas naciones se han despertado musicalmente a fines del siglo XIX y principalmente en el siglo XX, se debe al cuidado que han puesto en escuchar sus voces ancestrales, a que han bebido en sus propias fuentes. Han estudiado, clasificado, publicado su folklore y han empleado sus melodías populares, traducciones fieles del alma de su raza.

En Francia, a pesar de que los compositores utilizan temas populares, el folklore está muy lejos de desempeñar un papel fundamental en la creación artística. Parece que los franceses han absorbido su folklore y han compuesto con la savia de esas flores una miel que no lleva ya el sello del folklore. Sucede lo mismo en otros países de tradición musical. Italia y los países de idioma alemán, por ejemplo.

Y volviendo al principio, esperemos que la UNESCO nos prestará el servicio eminente de hacernos comprender mejor y gustar las diversas culturas nacionales, en lo que tienen de propio y auténtico. No es unificándolas por compromiso, vana tentativa, como se las acercará al vasto público de oyentes, sino, al contrario, guardándolas vivas y originales. El esfuerzo de comprensión que tendremos que hacer será bien pagado con una ampliación de nuestro bagaje intelectual y un acrecentamiento del más alto y noble placer.

MAURICE BRILLANT.

EL DIVORCIO ENTRE COMPOSITORES Y PUBLICO

Desde hace largo tiempo—más de veinte años— se ha podido comprobar en Francia—y, sin duda, en otros países—una especie de divorcio entre el público y los compositores contemporáneos. Tanto en el teatro como en el concierto, las obras modernas no obtienen más que un público restringido, en tanto que los viejos repertorios siguen satisfaciendo el gusto de la mayoría. Las salas se llenan y los ingresos son brillantes; pero si se anuncian las mejores piezas sinfónicas o líricas escritas en estos últimos años, las salas se encuentran ante un déficit que las subvenciones no bastan para enjugar.

Sin duda, la historia nos muestra que siempre ha sido necesario luchar para imponer al público las obras nuevas: las querellas constituyen lo fundamental de la historia musical. Sin embargo, hoy sucede algo nuevo. Otrora se presentaba como un movimiento de opinión, apasionado, y que mereció, a veces, que se calificara de «guerra»; ahora es, más bien, un rehusar, una abstención, lo que

se comprueba. Una vez agotado el ardor de los amigos venidos para sostener con sus aplausos al músico; una vez calmada la curiosidad de un pequeño número de profesionales; una vez satisfecho el entusiasmo de los snobs, sobreviene la indiferencia y el abandono. El tiempo de las luchas ha pasado, y son muy raros los conciertos en los que aplausos y silbidos se mezclan hasta el agotamiento de las fuerzas antagonistas.

RENÉ DUSMENIL.